

'Por qué soy un destino'

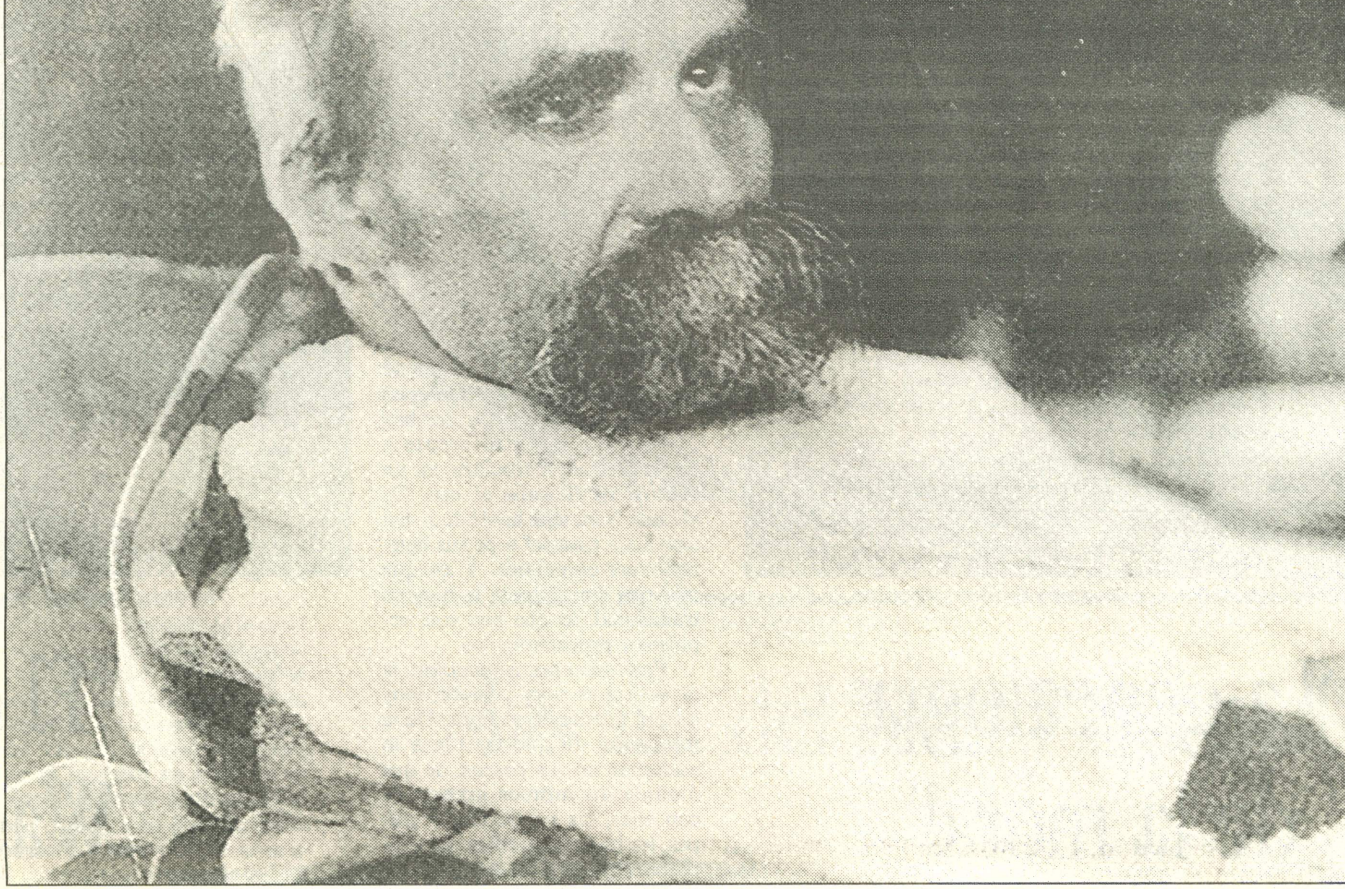
RAFAEL ARGULLOL

Conozco mi suerte. Alguna vez irá unido a mi nombre el recuerdo de algo gigantesco —de una crisis como jamás la había habido en la Tierra...”: así empieza el último capítulo de esa pequeña obra maestra de la ironía moderna que es *Ecce homo*. Nunca sabremos hasta qué punto Friedrich Nietzsche era consciente de lo premonitorio de sus palabras, entre otras razones porque nunca hemos sabido hasta qué punto él quería ser consciente de ellas. Reconozcamos, sin embargo, que Nietzsche cerró su obra —y la encerró herméticamente— con un libro que otorga una extraña coherencia a toda su trayectoria intelectual. Él quiso revelarla, antes de que otros la interpretaran, y para hacerlo recurrió a un magistral ejercicio de ambigüedad que sumiera a sus futuros lectores en el claroscuro: a medida que uno avanza en la lectura de *Ecce homo* es imposible sustraerse a la impresión de que las explicaciones que Nietzsche aparenta dar no son sino los velos, cada vez más espesos, que ocultan el enigma que Nietzsche quiere ser.

Lo sorprendente es que la sombra de ese enigma siga planeando sobre nuestras cabezas, de modo que todavía hoy nos sintamos conmovidos, o cuando menos perplejos, ante las afirmaciones de alguien que se presenta, al mismo tiempo, como profeta y como bufón (“No quiero ser un santo, prefiero antes ser un bufón”). No es posible tomarse en serio a quien escribe “soy un destino”, y, no obstante, contemplando el balance del siglo, nos vemos obligados a reconocer las huellas de esta sentencia temeraria. En cierto sentido, Nietzsche sí ha sido un destino para nuestra época, erigiéndose en una de las voces que, para bien y para mal, con mayor poder han resonado en los laberintos de la historia reciente.

Nietzsche intuyó como nadie la inminencia de catástrofes. Cómo alcanzó dicha intuición es algo imposible de discernir, a no ser que aceptemos algo que parece una broma provocadora más de quien ostenta la doble máscara del profeta y del bufón: “Mi genio está en mi nariz”. Quizá sea cierto, como él asegura, que su pensamiento dependía de su olfato y que éste comunicó a aquél el aire enrarecido en el que Europa se iba sumiendo lentamente. Sea como fuere, no podemos dejar de relacionar las grandes convulsiones de nuestro siglo con ciertas aseveraciones misteriosas pero taxativas: “Habrá guerras como jamás las ha habido en la Tierra”.

Las ha habido, y además, como si fuera verdad que su destino se proyectaba sobre los escenarios de la aniquilación, el nombre de Nietzsche ha atravesado esas guerras, invocado caóticamente por unos y otros. Es difícil encontrar una bandera que haya sido ondeada por ban-



Friedrich Nietzsche, ya enfermo, durante los últimos años de su vida.

Aforismos inéditos

F. NIETZSCHE

“El amor a la patria decrece cuando la patria deja de ser infeliz”.

“Todos los avances de los individuos se vuelven inútiles por el azar de los matrimonios, por eso la humanidad no llega a nada. ¡Y Dios ha de ser quien concierte los matrimonios!”

“El ser humano, que es extremadamente temeroso, intenta, sólo cuando se ve forzado por la necesidad, algo nuevo. Si le sale bien, lo repite hasta convertirlo en costumbre, y entonces lo sacraliza.”

“Para mí, Wagner se pone demasiados diamantes falsos”.

“Los filósofos son ahora decoradores de la ciencia, adornan con mucho efecto la Naturaleza.”

“Según predomine el sentimiento de debili-

dad (temor) o el de poder, emergen sistemas pesimistas u optimistas.”

“Se idearon los dioses no sólo por temor, sino al crecer hasta lo fantástico el sentimiento de poder y descargarse en personas.”

“El amor fantasea sobre los otros: su impulso secreto es descubrir en el otro tanta belleza como sea posible, o pensarlo tan bellamente como se pueda. La ilusión actúa aquí como una ventaja. El miedo pretende adivinar lo que es el otro, lo que puede y quiere: la ilusión sería aquí la mayor desventaja. Por tanto, el conocimiento auténtico de las personas es estimulado mucho más por el miedo que por el amor (compasión).”

“Nuestro genio y nuestra virtud crecen con nuestro odio.”

“¡Ay, qué poder, qué encantamiento ejerce la Ciencia sobre

maravillosa y se convierten en ilusos.”

“Las palabras permanecen: los hombres creen que también los conceptos señalados por ellas.”

“Dios ha sido refutado, el demonio no.”

“Los males espabilan, dice el populacho. En la medida en que nos hacen más listos, nos hacen también más malos. ¡Pero más frecuentemente lo vuelven a uno idiota!”

“Todo lo que ocurre por alguna intención es reducible a una intención: el aumento de poder.”

“Quien sigue un camino propio no se encuentra nunca con nadie: es lo que tienen ‘los caminos propios’. Que nadie sale a socorrerle a uno.”

“Nuestros idiomas son como el eco que queda de la primigenia apropiación de las cosas por los poderosos y

acuñada va aparejada la orden ‘¡así ha de llamarse el objeto desde ahora!’.”

“El amor a la patria es en Europa algo joven y que se sostiene todavía sobre unas débiles piernas: ¡se desploma fácilmente! No hay que dejarse enganar por el ruido que origina: los niños pequeños son los que más chillan.”

“El pueblo tiene el más falso concepto de ese estado del que se halla más alejado, el de la sabiduría.”

“Se es más la criatura de sus cuatro abuelos que de sus dos padres: la razón está en que, en el tiempo en el que fuimos engendrados, los padres todavía no se habían aclarado a sí mismos; las semillas del tipo del abuelo maduran en nosotros; en nuestros hijos, las de nuestros padres.”

Selección y traducción de Luis Meana.

daístas... Mientras, el —y poeta— Nietzsche ríncólume su capacidad ducir y repugnar. De ah cadena de exaltaciones mas que ha acompañado flujo imparabable de su Nietzsche quería estar e del huracán puede dar mortem, por satisfecho: otro pensador ha desa violentas polémicas qu conseguido suscitar. Pero entre los mucho che hay uno que ha enca otra dirección. Ese N que gustaba presentarse “alegre mensajero” y qu peado el corazón de suce neraciones en cuanto ca la vida. Ese Nietzsche qu bía propuesto demoler “llazos” los ídolos de la moral para, así, liberar dales más poderosos de tencia. El gran destructo condía su deseo, casi o de afirmación vital. Posi te sea este último Niet que acabe imponiendo los demás. Cuando se o por fin, los estruendos esparcido su obra y su su voz tal vez será perc otra manera, más suave, til, ya no “demasiado h sino sólo exquisitament na. Sin embargo, para suceda es necesario que la época que ha agigant bulentemente su figura y acuerdo con la v nietzscheana con respec otros pedestales, tambié destal sea derribado. Únicamente supera prueba Nietzsche podrí